

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN.

	Pesetas	Cts
Islas Baleares, trimestre.	1.25	
provincias, idem.	1.50	
Ultramar y Extranjero.	3	
Número suelto.	0.10	

ADMINISTRACIÓN
Conquistador, 30.

La Tradición

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

Se publica el sábado de cada semana con aprobación de la autoridad eclesiástica

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración y en la Librería de los Sres. Amengual y Muntaner, Cadena.

ANUNCIOS

En la 4.ª plana a precios reducidos.

REDACCIÓN

Constitución, (c. quina S. Jaime)

—DIOS— PATRIA— REY—

PROTESTA

Anteayer, jueves, tuvo lugar la desatentada é inculcable incautación por el Estado de los derechos y privilegios que la Santísima Virgen de Lluch ha venido gozando hasta hoy en el los predios, posada y Santuario del mismo nombre; confiando aquél tal encargo á un su administrador á quien dió amplios poderes para requerir la fuerza armada y apoderarse de aquello con violencia, como así se hizo.

¡¡¡Católicos mallorquines!!! En plena dominación conservadora, cuando esos desdichados católicos-liberales pretenden amalgamar todavía su religiosidad con las querencias que profesan á esos sistemas que nos arruinan y descatolizan, es cuando acaba de descargar el liberalismo su mano expoliadora sobre nuestra *roqueta*, hiriendo los sentimientos de sus habitantes.

¿Servirá esto de lección?... ¡A protestar, pues, como protestamos nosotros!

Y sobre todo á renegar del liberalismo tantos como aquí, en Mallorca, encienden una vela al Demonio y otra á San Miguel.

LA REDACCIÓN.

RANCIEDADES

De oscurantistas, atrasados y rancios, enemigos del progreso, de la libertad y de la civilización, tachan los entusiasmos con teorías y doctrinas, hoy en boga, unos convencidos, por error, de su bondad, otros por seguir la corriente, á los que, por fortuna, no participamos de sus entusiasmos, y con más calma, reflexión y sangre fría, comparamos épocas con épocas, sistemas con sistemas, comprobando con la experiencia propia y la inmediata que nos comunicaron nuestros antecesores, los estudios de los principios sociales y de gobierno y las lecciones que sucesos históricos remotos nos ofrecen.

Es esa afirmación inexacta, de rancios y oscurantistas, la que más previene en contra de una reforma provechosa en la manera de ser de los pueblos; porque siempre halagan las ideas de novedad, adelanto y progreso.

¿Es verdadera tal afirmación? Ocioso parece refutarla: para nuestros amigos, porque harto saben que es inexacta, y para los adversarios, porque nose convencen los más de ellos. No obstante hay dos motivos poderosos para insistir en rectificarla. Es el primero el que dejamos indicado. Con decir oscurantistas, retrógrados, rancios, se cree haber dicho todo y aun haberlo demostrado; es el segundo motivo que se van despejando las incógnitas; hoy se pueden decir, y se dicen, en todos los tonos y en todos los periódicos frases que no se hubieran con-

sentido en otros tiempos aun en diarios opuestos «al juego de los partidos».

Ya no se cree en la sinceridad y abnegación de los políticos; ya se habla, públicamente, de chanchullos, de ventas de votos, de negocios; salen á luz los cabildeos de la política mezquina, y se hacen públicas las negociaciones personales para conservar destinos é influencia.

Y esto que revela un malestar y decaimiento grandes (pues á tal punto se ha llegado que no hay recato ni pudor para tamaños feos asuntos), es también signo de una decadencia de entusiasmos, funesta si terminara, como termina para muchos, desgraciadamente, en un positivismo pancista y acomodaticio, para seguir viviendo, entrar en las combinaciones, y ver, sin aprensión, lo que se pueda sacar; pero consoladora si de tal situación se obtiene el convencimiento de que con semejante merienda de negros, aduar de gitanos ó rancho de José Maria, no es posible que subsistan las naciones; que tarde ó temprano ha de venir el estallido ó el trueno gordo; y que es forzoso precaverse, y sobre todo: pensar en la enmienda, si aún quedan restos de dignidad y de reflexión.

Nadie que piense formalmente niega los adelantos y conquistas modernas y sus consecuencias, afortunadas y desafortunadas, influyentes en bien ó en mal: porque si de todos los medios puede usar el hombre, de hecho, con acierto y discreción, y con honradez ó sin ella, á medida que aquellos adelantan y aumentan, mayores resortes hay para bien ó para daño. Y la autoridad más previsora y eficaz no puede impedir cierta esfera de acción individual y social de que se abuse. Pero de admitir, como es preciso, los

adelantos contemporáneos, no se sigue que forzosamente hayan de prevalecer en su uso más bien los daños que los beneficios; que sean incompatibles con hábitos de virtud; que no consientan legislación que los regule, sin que esta sea ataque á la libertad individual.

Ni la libre emisión de todas las ideas, principio pregonado, como conquista moderna; ni la indiferencia para las verdades morales; ni la información de la vida social por el materialismo; ni la falta de regulación de la vida económica, son, como se pretende, consecuencias legítimamente deducidas de los adelantos modernos, para que sea ley de los mismos un doloroso contraste entre el progreso de la mecánica y maquinaria y el aumento de perversión moral.

No hay verdadero bienestar material sin bienestar moral; sólo en la concordia de ambos, que se deduce de la subordinación del progreso material á los deberes morales, puede haber bienestar físico; como no es posible la vida feliz, aun desde el punto de vista material, en medio del desorden moral. Y lo que acontece al individuo, que en vano procurará salud, robustez, vida tranquila, longevidad y vejez sosegada, en el desorden y en el vicio, sucede á la sociedad compuesta de individuos y de familias, bajo el régimen de las autoridades superiores de un Estado.

No es incompatible la vida moral con el uso de los elementos de adelanto material; lo es con su abuso.

Si el trabajo del obrero es continuo, sin descanso en día de fiesta; sin regulación de horas; excesivamente fatigoso; en condiciones desfavorables para la vida ó la moral; entonces en el abuso del patrono hay una contradicción con la ley ética; como existe respecto de la autoridad, que no cumpliendo con su deber, no procura defender el derecho del obrero, rodeando á su persona, que es además su capital, de las garantías con que rodea á otras personas, y á las propiedades que constituyen los diferentes capitales.

Hay contradicción entre el bienestar y los adelantos, cuando por el afán de intereses y de acumular capitales para el despilfarro ó la vida sibarítica, se aumenten las ganancias capitalistas á expensas de una ordenada distribución en el provecho obtenido, colocando á clases sociales de numerosos individuos en la imposibilidad de vivir con la retribución adecuada á las horas de un trabajo posible; exigiéndoles mayores gastos de los que son compatibles con su haber; y neutralizando esta diferencia, y la angustia que supone, con proporcionarles baratos medios de falsos goces y distracciones.

Pero tales contrastes no son leyes del progreso; sino ocasión de retroceso.

Sobre los adelantos que caracterizan las diferentes épocas, hay leyes normales de la sociedad, permanentes y esenciales como su constitución, y como la naturaleza del hombre, cuyo destino final es siempre el mismo, y cuya vida temporal, consistiendo en ser medio para el fin, no puede cambiar fundamentalmente en cuanto á sus deberes ni aun en cuanto á la relación y proporción de los medios materiales para cumplirlos.

No es, pues, ranciedad sino verdad, y la verdad es antigua siempre y siempre nueva, afirmar la existencia y número de las leyes permanentes del orden so-

cial, y que ellas deben cumplirse en todo tiempo, contribuyendo á este cumplimiento la buena utilización de los medios que el ingenio descubre.

Servirse de tales adelantos para el cumplimiento del fin del hombre: he ahí el progreso; perfeccionar su bienestar, por tales medios: he ahí el adelanto; abrumarle con los descubrimientos y quedar bajo ellos, como un operario á quien destruye la máquina que ha estallado: he ahí la muerte y ruina en que consiste el progreso, para aquellos que llaman á los que no les siguen *rancios* cuando los que así discurren son como los salvajes, ya que no como los irracionales, que no saben más; lo que desconocen, y que unos sólo utilizan para la ruina, arrojándolo los demás cuando ven la muerte del compañero. No saben más de los medios del progreso, sino para el daño, ó usarlos siempre dañosamente, sin eliminar sus desastrosos efectos; eso no será ranciedad, pero es algo más; es salvajismo, ó irracionalidad. Y de él adolecen hoy las sociedades, que estiman necesaria consecuencia del adelanto la perversión, y los sistemas y las escuelas, y los hombres públicos, ignorantes ó de mediocre ingenio, que tal piensan y dicen, y en consecuencia proceden, creyendo dirigir, y siendo en realidad dirigidos por ignoras muchedumbres; pretendiendo ser pensadores, y no acertando á pensar sino lo que piensa el más audaz, el más parlanchín, ó el más desprecupado ó corruptor.

UNA CARTA SOBRE D. CARLOS DE BORBÓN

En *El Defensor* de Granada leemos la siguiente noticia:

«INTERVIEW

En otro lugar de este número verán nuestros lectores la interesante *interview* que ha celebrado con D. Carlos de Borbón, el elocuente catedrático y ex-diputado liberal D. Antonio López Muñoz, á quien agradecemos vivamente la solicitud con que ha cumplido el encargo nuestro que tuvo la bondad de aceptar al salir para Suiza.

Las declaraciones que nos comunica el Sr. López Muñoz, son las más completas que hasta ahora ha hecho D. Carlos, sobre los problemas actuales, y avaloran su interés la circunstancia de ser completamente inéditas, pues el sabio catedrático ha hecho esta información exclusivamente para nuestro diario, y ha guardado sobre ella la más rigurosa reserva.

Agradecemos vivamente á nuestro querido colaborador tan excelente servicio, que han de estimar seguramente en lo que vale nuestros lectores.»

Más adelante publica dicho periódico la siguiente *interview* con D. Carlos de Borbón:

(Expresamente para *El Defensor*)

D. Carlos en Lucerna.—La muerte de Cánovas.—La guerra de Cuba y Martínez Campos.—Juicio sobre los Estados Unidos.—La Moralidad.—Don Carlos demócrata.—El parlamentarismo.—Lo que hará el partido.—Almuerzo con D. Carlos.

San Sebastián 22 de Agosto de 1897.

Sr. D. Luis Seco de Lucean:

Mi querido amigo: Defiriendo á sus deseos y poniendo en hacerlo esa gustosa

diligencia con que siempre trato de cumplir los de mis buenos amigos, y singularmente los de usted en lo que interesa á *El Defensor de Granada*; porque es de Granada y porque le debo muy señaladas muestras de cariño, celebré al fin la entrevista con don Carlos de Borbón.

No era en verdad empresa fácil; pero la circunstancia de constituir Lucerna una residencia de verano no muy populosa, y tener unos y otros que rozarse á la continua en sociedades, y paseos y excursiones; la vida llana que hace allí don Carlos, á quien se le vé diariamente con su señora en los sitios más concurridos; el interés que muestra por todo español que en aquellos deliciosos parajes veranea, y mi buena voluntad, sobre todo, de atender su afectuoso ruego, me han facilitado la ocasión de poder escribirle estas líneas.

No es el Duque de Madrid aficionado á *interviews* sobre política española, y ha rehusado celebrarlas con periodistas nacionales y extranjeros; por entender que son actos, más que declaraciones, los que necesita España en la crítica situación porque atraviesa. Había, sin embargo, accedido á expresarme con toda amplitud sus juicios sobre la cosa pública, y para ello estaba acordada nuestra entrevista, pero después llegó la infausta noticia del atentado que ha puesto traidoramente fin á la gloriosa vida del Sr. Cánovas del Castillo, y convinimos en que no era ya oportuno dar á la conferencia el carácter antes señalado.

—No es esta—me dijo D. Carlos—la ocasión de que hablemos sobre la política española. El asesinato del Sr. Cánovas, que condeno con toda severidad, hace que varíe de repente el estado y el giro de las cosas. Es este el suceso más grave de la regencia. Acaso lo que yo en este momento pudiera indicar á usted, no sería oportuno dentro de algunas horas ó de algunos días. Aplacemos, pues, nuestra conversación si á usted le parece, y aguardemos otra oportunidad. No importa que usted se vaya de Lucerna; ya nos conocemos, y puede preguntarme por escrito lo que tenga á bien, que yo le daré respuesta sincera y pronta.

Tenía yo descontadas estas manifestaciones, y nada opuse á ellas; antes bien, les presté mi asentimiento, haciendo constar que sólo un impulso de cortesía me había llevado con puntualidad á la presencia de mi interlocutor, aun previendo la ineficacia de la visita en el respecto que la había motivado. Pero algo habíamos de hablar, y era imposible que no recayera nuestra conversación sobre España. Inmediatamente acudió á nuestros labios el asunto de la guerra de Cuba, y algo interesante pude recoger en el cambio de nuestras impresiones.

Piensa D. Carlos, á propósito de esa cuestión, que en el Gobierno hubo un error inicial, del que quizás se origine la gravedad de la situación presente: el nombramiento del general Martínez Campos.

—No es que yo tenga cosa alguna que decir del general Martínez Campos en son de censura—añadió el Duque de Madrid.—Es un soldado valeroso y leal; pero representa la transacción más que la guerra, y al enviarlo allá como general en jefe en los primeros momentos, pudo significar para los insurrectos algo así como debilidad ó miedo. Allí no había ni hay más que un sistema eficaz: la represión, la sumisión de los rebeldes por la fuerza, á todo evento y á toda costa. Y para en su día hacer justicia en las colonias, en vez de explotarlas.

Ya en este punto la conversación, hube de indicar lo bastante para llevarla al de nuestras relaciones con los Estados Unidos, expresándose D. Carlos en estos términos:

—Conozco bien aquel país, y no vacilo en declarar que la conducta del Gobierno español me parece por todo extremo torpe. Se ha temido demasiado el enojo de los Estados Unidos, cuando ellos eran los que estaban en el caso de temer el nuestro. Se han trocado los papeles. Allí habrían pasado por todo ante una actitud enérgica de España, antes de provocar la guerra.

—¿Y si, á pesar de eso, la guerra hubiera surgido?

—Ellos habrían llevado lo peor parte sin duda alguna. Cuentan, es verdad, más dinero y más gente; pero entran en la guerra otros factores decisivos, de que ellos carecen y que España tiene de sobra, empezando por su mismo carácter nacional y acabando por la santidad de su causa, que se habría reconocido en el mundo.

Discurriendo D. Carlos sobre lo necesitada que está la política española de que se imponga en ella con mano fuerte y voluntad inexorable la bandera de la moralidad, hubo de expresarse con cierta vehemencia acerca de los partidos gobernantes; y como apreciara en mis palabras ó comprendiera en mi propia significación política la conveniencia de cortesía, hizola en efecto.

—Dispense usted que yo me exprese con esta claridad. Hablo con un hombre culto, y no quiero además disimular ante usted mi juicio.

—Lejos de molestarme la claridad de ese lenguaje, agradezco la sinceridad de pensamiento que revela. Yo, por lo demás, estoy acostumbrado á respetar todas las opiniones, por distantes que se hallen de mi convicción. Soy demócrata ferviente.

—Yo también soy demócrata, en el buen sentido de la palabra.

—En mi concepto, no tiene más que uno. No hay más que una manera de ser demócrata: serlo.

—Pues yo lo soy. Yo creo que un hombre es esencialmente igual á otro hombre, pero creo que hay que respetar las diferencias que establecen en lo humano las condiciones personales, el mérito, la virtud, el trabajo, el dinero, el nacimiento, porque esa es la mejor manera de reconocer aquella igualdad.

—¿Y en lo político?

—En lo político soy amante de la justicia, que es el principio regulador de toda democracia. Rechazo el actual sistema parlamentario, porque su descrédito es notorio. Estoy seguro de que ustedes mismos, aun los más demócratas, no se hallan muy enamorados de él; pero ahí está nuestro antiguo y tradicional sistema representativo. Soy partidario de la descentralización administrativa; cada provincia, cada región, debe administrarse por sí sola, según su carácter peculiar y sus costumbres.

Algo me atreví á preguntarle sobre la actitud de su partido, á lo cual me respondió categóricamente:

—Estoy decidido á no apelar á las armas mientras tenga España que emplearlas para defender su honor y su territorio. No quiero cargar con tamaña responsabilidad, y nada haré en ese terreno, á no ser que la ola suba de tal manera, que haya que barrerlo todo para salvar á la nación.

—¿Y esas partidas que se levantaron hace pocos meses?

—Acaso las echó al campo el oro filibustero. Pero ellas son la mejor prueba de la organización de mi partido y de mis propósitos actuales. Bastó una orden mía para que no se propagara el incendio.

Al dar por terminada nuestra conferencia, que al cabo fué como usted va viendo, más sustanciosa de lo que podía prometerme á su comienzo; D. Carlos deseó presentarme á su señora, y me invitó á comer aquella misma tarde. Acep-

té naturalmente la invitación, correspondiendo gustoso á la amabilidad de aquel deseo, y no tengo en verdad por qué arrepentirme. Toda mi conversación con doña Berta giró sobre cosas de España, que siempre suenan á gloria en oídos españoles cuando se está lejos de la patria.

D. Carlos habló de la vida de campaña y ensalzó mucho el valor y la resistencia de los soldados andaluces. Recordó á sus buenos amigos, algunos de los cuales lo son míos particulares muy cariñosos. Sus palabras más expresivas fueron para el Marqués de Cerralbo. Se recordó la sólida ciencia del señor Barrio y Mier, la fogosidad de la oratoria del señor Vázquez Mella, y la incansable labor parlamentaria del señor Llorens, de quien dijo el Duque de Madrid:

—Lo conocía y estimaba en todo lo que vale sobre el campo de batalla; pero no podía pensar que llegara á tanto su estrategia en las lides del Parlamento.

De algunas personas de Granada me habló también con afecto, y en especial de mi excelente amigo y compañero el señor Moscoso, cuyas dotes de entendimiento y de palabra no es extraño que sean reconocidas en todas partes y por todos los hombres.

Y aquí termino, mi buen D. Luis, esta larga carta, prometiendo escribirle otra ú otras sobre mis impresiones de Suiza, cuando ya esté tranquilo en Madrid, si es que la cátedra ó la política y los pleitos me dejan tiempo para una tan grata ocupación.

Siempre de usted afectísimo buen amigo seguro servidor q. s. m. b.,

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

EGOS DEL DESTIERRO

El 31 de Agosto por la noche, según telegráficamente nos fué comunicado, llegó á Lucerna el Sr. Marqués de Cerralbo, siendo recibido con la mayor alegría aquella noche misma por los señores Duques de Madrid.

Instalado en el hotel Schweixerhof, pasa desde entonces la mayor parte del día con D. Carlos, tratando detenidamente de todos los asuntos que tanto interesan á nuestra patria y á nuestra causa.

De estas prolongadas conferencias, que aun deben durar bastantes días, y que con tan justo motivo atraen la atención pública, no pueden menos de resultar acuerdos salvadores y soluciones definitivas, pues tanto D. Carlos como el Marqués de Cerralbo, y como todos los verdaderos carlistas, no dejándose influir por ninguna consideración de interés personal, trabajan sólo por el bien de España.

Ayer, ó á lo más tardar hoy, (día 6), debían llegar á Lucerna el señor Vázquez de Mella y D. Alvaro Maldonado, y desde el 4 debía hallarse también en aquella ciudad, procedente de Vichy, nuestro distinguido correligionario de Barcelona don Mariano Llorens.

Al presentarse en Lucerna el Marqués de Cerralbo á los Sres. Duques de Madrid, ha sido portador de varios regalos muy agradecidos por su significación y su procedencia, como un gran sello de Carlos V, ofrecido por el señor conde de Casasola, un álbum de Guernica con pedazos del roble viejo y hojas del nuevo, envío de D. Román de Zubiaga, una escopeta del famoso guerrillero de la Independencia, el pastor Jáuregui, en cuyo cañón están grabadas las palabras: «Fui del pastorcillo en 1809, terror de los franceses», y otros recuerdos no menos estimados.

El Marqués de Cerralbo ha llevado también, como regalo suyo personal, un riquísimo chal de Manila, para D.^a Ma-

ría Berta, y magníficos cigarros habanos para D. Carlos.

Entre los españoles recibidos últimamente por los Sres. Duques de Madrid se cuenta el presbítero D. Joaquín Esquerrá, de Vich, que se halla en Lucerna, acompañando á una familia española, y que fué conducido al Schweixerhof por nuestro ilustrado colaborador el señor Sorribes.

CRÓNICA GENERAL

DE PALMA

El martes de esta semana se embarcó en el vapor *Bellver*, con dirección á Madrid, acompañado de su distinguida familia, nuestro distinguido y particular amigo el puntador y valiente General Sr. D. José Oliver, quien, como saben nuestros lectores vino á pasar una temporada entre sus paisanos los mallorquines.

Le deseamos un feliz viaje.

El Sr. D. Manuel Villalonga y Pérez, presidente del *Círculo Mallorquin*, nos participa que los bocetos presentados al Certamen acordado por dicha Sociedad, quedan expuestos desde el día de ayer, en uno de los salones de la misma, de once de la mañana á dos de la tarde y de tres á seis. Además nos invita á verlos.

Hemos recibido el programa de la función inaugural del *Velódromo Manacorense* que tendrá lugar el día 19 del actual á las cuatro de la tarde en Manacor.

•Agradecemos la atención.

Academia Escolar Universitaria.—Con este mismo título sigue abierta en Barcelona, Tapinería, 33-1.º, una casa para los estudiantes que cursan facultades, ó preparación para carreras especiales, en donde los padres pueden remitir sus hijos en la seguridad de que serán atendidos, no solo en la parte material, como comida, asistencia etc., sino en la más importante, que es la moral y religiosa. La casa cuenta con profesores que ayudan en sus trabajos á los alumnos; les vigila constantemente y remite á sus padres mensualmente nota de la conducta y aplicación de sus hijos.

Necesario es en Barcelona, donde tantos jóvenes se pierden, una obra de esta naturaleza, que sinceramente recomendamos á nuestros lectores; y cuya dirección corre á cargo de nuestro estimado amigo D. Magín Martí Barjau.

El lunes de esta semana falleció en el vecino caserío de Son Inglada la virtuosa señorita D.^a Josefa Font y Sbert, hija y hermana respectivamente de nuestros distinguidos y particulares amigos D. Miguel Ignacio, Notario, y D. Antonio, Concejal de este Ayuntamiento.

Les reiteramos nuestro más sentido pésame, lo mismo que á toda la familia de la familia, suplicando por el alma de ésta una oración á nuestros lectores.

Solemnes en extremo resultaron los cultos dedicados en la iglesia del Terreno á su titular la Virgen de la Salud.

Durante la novena predicó el distinguido orador P. José Auba, Filipense, cantándose luego hermosas Avemarias y un himno (compuesto todo expresamente para aquellos cultos) por los distinguidos aficionados.

Sres. Arias, Piña y otros, bajo la dirección del Mtro. D. Antonio Roig.

El miércoles, día de la fiesta, pronunció en la Misa mayor una brillante oración el Sr. Tortell, Cura Párroco de Binisalem, y por la tarde terminaron las funciones religiosas, tan notables este año como piadosas, en medio del incesante concurso de fieles que acudían á rendir testimonio de su amor á la efigie de la Madre de Dios en aquel caserío.

El Sr. D. Juan Serra, virtuoso sacerdote que regenta aquella iglesia, merecía el premio del cielo que le anima, por la iniciativa que ha demostrado y por las relevantes dotes y acrisolada abnegación y fe que le rebosa por encima de su modestia.

Tenemos especial gusto en dar cabida á la siguiente comunicación:

Junta de Protección al Soldado

Cuenta del mes de Agosto aprobada por la Junta Directiva de dicha Asociación.

CARGO

Existencia en 31 de Julio de 1897.	5096'70
Cuotas mensuales y donativos únicos.	309'45

Importa el Cargo. 5406'15

DATA

135 pensiones á soldados regresados de las guerras, á las familias de los fallecidos y gratificación al Cobrador de la Junta.	1433'00
---	---------

Existencia para Septiembre 3973'15

Palma 31 de Agosto de 1897.—P. A. de la J. D.—El Secretario, Antonio M.^a Peña.

VARIEDADES

Historia de un cañón

Yo no he sido siempre un arma homicida.

Yo era una campana y mi historia es la historia de cinco siglos, que pasaron como las vibraciones de mi voz y no volverán.

En el fondo de un valle y rodeado de encinas y robles había un santuario en

cuyos altares los nobles y los pecheros juraban defender á la Religión, á la Patria y al Rey, y morir combatiendo á los hijos de Mahoma.

El Santuario tenía una torre gótica, cuyos calados chapiteles se hundían como saetas de piedra en el aire azul. ¡Qué hermosos eran! Entre sus filigranas anidaban las palomas y sobre los adornos de los muros cantaban las golondrinas.

Yo estaba colgada en la ojiva superior de la torre. Por la mañana, apenas la luz del crepúsculo flotaba sobre la neblina del bosque, mi lengua de metal llamaba á la oración al pueblo cristiano. Mi voz juguetona y alegre llegaba al castillo señorial y los arqueros se descubrían al oír mi acento.

Llenábase de fieles el santuario, y yo, alegre y contenta con mi toque matutino, quedaba muda hasta el mediodía. Entonces volvía á modular palabras sonoras y el pueblo también murmuraba palabras de salutación angélica con un fervor que me daba envidia.

Al obscurecer otra vez repercutía en las hondonadas del valle y volaba como un mandato á los fieles para que orasen de nuevo.

En las fiestas volteaba como una loca comunicando mi alegría á los fieles. Yo era la voz de la religión que les convidaba á orar y suspender sus trabajos; yo saludaba á las imágenes de los santos cuando eran llevados en procesión y muchas veces hice coro con los himnos de victoria de los cristianos.

También he llorado mucho, mucho. Cuando un cristiano agonizaba, yo repetía sus lamentos; y cuando moría yo daba á mi voz una entonación fúnebre y tristísima. Mis vagidos lúgubres, llegaban á la fosa de los muertos y al alma de los vivos.

He visto desfilas á las generaciones, las he visto hundirse en la tumba, á los santos con los réprobos, á los reyes con los vasallos, y á los pobres con los ricos. He celebrado todas las alegrías de mi pueblo, he llorado todas sus penas.

Quando las alas de la tempestad apagaban la luz del cielo y las ráfagas del huracán barrían la tierra, yo hablaba en nombre de Dios; los estampidos del trueno no me hacían enmudecer, los rayos no me asustaban. Salían de las nubes como la blasfemia del infierno; mil veces pasaron culebreando en torno mío. Les ví hender los robles, desmoronar las montañas, encender los alcázares y carbonizar los cuerpos, pero á mí no me tocaron nunca.

Sólo las lágrimas de las nubes me besaban de vez en cuando, y me azotaba el huracán con los detritus de suelo. Yo era la campana bendita, y mientras hubo quien me tocara, ni el granizo destruyó las mieses, ni los rayos á los hijos de mi aldea. La tempestad se disipaba con mis conjuros y el arco iris aparecía sobre mí, y me coronaba como hija de la Iglesia.

Más ¡ay! pasaron mis alegrías como la primavera por los campos, y la luz por el éter. Un día de esos días malditos en los que parece que el cielo se cierra y el infierno se abre, llegó al santuario una horda de réprobos.

Gritaban ¡libertad! ¡progreso! mientras en sus almas estallaba el instinto del crimen y sus manos sacrilegas se armaban para destronar á Dios. Unos entraron en el templo, derribaron los altares é hicieron astillas las imágenes de los santos, otros subieron á la torre y me tuvieron para celebrar su orgía de demonios. Mi voz descompasada hacia estremecer á los buenos; era triste, tan triste como el llanto de las hijas y la voz de los profetas. Torrentes de blasfemias se mezclaban con mis tañidos y me avergoncé de hacer dúo con las carcajadas y los rugidos de la impiedad.

Giraba con tal violencia que parecía un torbellino; el aire que yo tocaba le convertía en huracán y hasta la torre osciló como si tuviera vértigos. Por último, mi armazón crugió, me desprendí de mi asiento y fui á estrellarme á la plaza.

Los impíos, recogieron mis pedazos y los echaron en un horno de fundición. Las llamas les enrojecieron, les quitaron las aristas y después convertidos en lágrimas de fuego, se unieron en el fondo del horno. Yo ya no era campana; era un lago hirviente de metal rojo.

Luego corrí por una canal y caí en un molde largo y estrecho. Cuando el molde se abrió, me ví convertida en un cañón de artillería.

Me colocaron sobre dos ruedas de hierro, encerraron en mis entrañas granos de masa negra y una bala, después me aproximaron una mecha encendida...

Entonces, dentro de mí estalló una cosa como un rayo y arrojé por la boca una llamarada rojiza y humo. Con la explosión retrocedí; y no sé como no me hice pedazos.

Desde aquél día fui el arma temible de los impíos. Mataba sin querer, mataba á la fuerza y los amigos de Dios y de la Patria eran mis víctimas.

De lejos como de cerca, de noche co-

mo de día, cubrí de restos humanos el campo de batalla. Mis verdugos no me dejaban descansar: siempre tenían el rayo en mis entrañas y á mis amigos delante de mí esperando la muerte.

Las balas de plomo, se estrellaban en mi superficie y mataban á los artilleros; yo me alegraba, porque me maldecían y renegaban de Dios.

Quise caer prisionero, quise que me clavasen porque hacía mucho mal, pero por una fatalidad, cuantos valientes se acercaban á mí, morían, morían con gran dolor mío.

Al fin, un día mis verdugos fueron acometidos rudamente por los hijos de Dios y de la Patria. Unos cuantos bravos se acercaron hasta mi boca. Yo temblé. Iban á dispararme ya sobre los invasores, cuando éstos se abalanzaron á mí y caí en sus manos.

Desde aquél día defendí la religión atropellada y la patria agonizante. Jamás ví con tanto placer como entonces salir el rayo de mis entrañas y aniquilar á mis verdaderos enemigos. Yo no podía orar, ni llorar, pero mataba, porque Dios me había hecho instrumento de su venganza y de su justicia.

Quando concluyó la guerra, yo estaba harto de sangre de enemigos. Quisieron abandonarme en el campo, pero un artillero tuvo compasión de mí y me escondió en esta caverna. Aquí estoy esperando el grito de combate para secundarle con un estampido. Ya no volveré á ser campana. Ya no amo, ni río, ni lloro, porque tengo las entrañas endurecidas.

PABLO MARÍN Y ALONSO.

Obra nueva

La Virgen María

y los

PEREGRINOS DEL "BELLVER",

Relato histórico, escrito por Don Alberto J. Turmeo y Baselgas, Presbítero

Forma un elegante tomito de unas 100 páginas, con fotograbados de

NUESTRA SRA. DE BONARIA

del vapor BELLVER y de su capitán señor Singala; vendiéndose al ínfimo precio de 0'50 pesetas en la librería de Amengual y Muntaner—Cadena, 2.

siado, añadiéndole en todas que aún podía reparar el mal causado, permitiendo le redimiesen los años de servicio que le faltaban, y tornando á la aldea.

Pepe, que atribuía el decaimiento de su antigua novia, no á su marcha, sino á la de Ricardo, con cada carta de su padre se afirmaba más en la resolución por él adoptada de no volver por su pueblo; y no tocando este extremo en sus contestaciones, decía á su padre que no le iba tan mal en la milicia para volver á calzar abarcas en Vallehermoso y manejar de nuevo el arado, y por lo tanto quería correr su suerte. Confundíase el Sr. Ramón con semejantes contestaciones, y por más que meditaba, no llegó nunca á comprender cómo un muchacho de tan buenos sentimientos se había vuelto de la noche á la mañana tan ingrato é insensible.

La tía Francisca, cada vez que su sobrino escribía en este sentido, se bañaba en agua de rosa, diciendo:

—Eso no son más que artimañas para que mi Pepe trague el anzuelo. Lo mismo está ella enferma que yo: ¡como no lo esté de coraje...! Pero se llevan chasco, que mi Pepe no es ningún niño de teta.

Y concluía siempre sus discursos con esta frase:

—¡Me alegro, me alegro, y me realegro! Y al terminar daba una rabotada. Así las cosas, pasó un año, que á Guada-

en dos filas, y llevando el mayorcito de ellos el signo de nuestra redención, venían detrás; en seguida los mozos de la aldea luciendo las mangas de sus almidonadas y blancas camisas; despues los padres de familia reverentemente embutidos en sus capas de cordelate pardo; intercalados entre ellos tres estandartes de damasco de seda y un guión, llevados por los más apuestos mocetones; inmediatamente la cruz de la parroquia, y detrás el Santo, cuya fiesta se celebraba, en hombros de cuatro que habían prometido llevarle descalzos de pié y pierna; seguían el Santo el señor cura párroco y dos sacerdotes que habían acudido á las fiestas; tras el clero el ayuntamiento, y por último las mujeres en delicioso desorden.

Frente á la aldea, en la cúspide de un montecillo, derivación de la cadena de montañas de aquel lado, élévase una pobre ermita dedicada á San Roque. En ella hay una imagen del Santo, y otra en la parroquial iglesia.

Los vecinos de Vallehermoso aprecian en alto grado dicha ermita, no por su mérito artístico, que no es ninguno, sino porque el San Roque que allí veneran, al que distinguen del de la parroquia llamándole San Roque el Viejo, está íntimamente relacionado con una para la aldea consoladora tradición. Es la siguiente:

Por los años 1667, el entonces caserío y

amor que alimentaba su pecho desde sus más tiernos años, perdida hasta la más leve esperanza con la marcha de Ricardo, y ajada además por la paraella incalificable conducta de Pepe, se había reconcentrado en sí misma; y sola á todas horas con su dolor, con la pérdida de las fuerzas físicas y enflaquecimiento de su cuerpo desaparecía también poco á poco la lucidez natural de su inteligencia. La imaginación era la única facultad que, no regulada por las demás, imperaba en su cabeza con el despotismo de todo el que no tiene trabas, sirviéndole sólo de tormento.

Por de pronto, resistióse á creer que Ricardo hubiese dejado para siempre su patria, sus bienes y hasta su única familia; pero transcurrieron días y días, y estos convirtieron en meses, y Ricardo no daba señales de vida, y todas las pesquisas de Guadalupe para averiguar su paradero fueron inútiles. Entonces la esperanza, última tabla de salvación á que la infortunada permanecía asida, la abandonó también. Su ánimo decayó de tal manera, que la tía Brígida exclamaba á cada paso:

—¡Válgame Dios y como se va quedando! Se ha empeñado en marcharse como los otros, y creo lo va á conseguir... ¡pero será al otro mvndo!

Todos en la aldea atribuían el desmejoramiento de Guadalupe á la partida serrana de

ANUNCIOS

ARTÍSTICA OLEOGRAFÍA

(Á 16 TINTAS)

DE

DON CARLOS DE BORBÓN

publicada por la

BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA

Es el mayor y mejor retrato que se ha publicado del señor Duque de Madrid. Original de un reputado dibujante y tirado con escrupulosidad artística en una de las primeras litografías de Barcelona. No se ha omitido gasto alguno para presentar una obra acabadísima que mide 75 por 52 centímetros, siendo muy á propósito para los Círculos carlistas y para todos los que anhelan poseer un retrato de Don Carlos, de fiel parecido y artísticamente presentado.

Dicho retrato oleografía, de cuerpo entero y de uniforme de capitán general, no obstante su valor, se vende á

6 pesetas ejemplar

en la Administración de la BIBLIOTECA POPULAR CARLISTA, Claris, 123, pral., Barcelona, y en casa de su corresponsal en Palma, D. Pablo Arbona, Brossa, 16.

NOTA.—No se servirá pedido alguno que no vaya acompañado de su importe, ni se responderá de su envío si no se certifica á cargo del comprador, quien deberá enviar al propio tiempo el importe del certificado.

TINTAS



Amengual y Muntaner.

TINTAS

SOBRES

DE TODAS FORMAS, CLASES Y TAMAÑOS

SOBRES PERGAMINO

Especialidad en sobres de color para el Comercio á precios baratísimos.

Amengual y Muntaner—Conquistador, 30 y Cadena, 2.

PAPELES RAYADOS

DE TODOS TAMAÑOS

DE HILO Y ALGODÓN

AMENGUAL Y MUNTANER



CADENAS DE RELOJ

de acero, nickel, doublee, plaqé, doradas y nickeladas
Cadenas de luto, de búfalo,
goma y madera.
Medallones y llaves de reloj.
PRECIOS MÓDICOS

CROMOS
varias clases y tamañosAMENGUAL Y MUNTANER
Conquistador, 30 y Cadena, 2.

CARTERAS DE BOLSILLO

CON NECESER
Y PORTAMONEDASTARJETEROS
Y LIBROS DE NOTAS

TINTA NEGRA

PROPIA PARA OFICINAS

Se vende al menudeo á una peseta litro en la casa de los Sres. Amengual y Muntaner.—Cadena, 2.

PLUMAS METÁLICAS

DE LAS PRINCIPALES FÁBRICAS DE

Alemania, Francia, Inglaterra
y España

PAPEL PARA SOLFA

Marquilla, fóleo, apaisado y en cuarto



IMPERDIBLES

Amengual y Muntaner—Conquistador, 30 y Cadena, 2.

OBRA NUEVA

DEL AGRE DE LA TERRA

POR

COSTA Y LLOBERA

Se vende á 2 pesetas 50 céntimos en la librería de Amengual y Muntaner, Cadena 2.

Papel para dibujo

Se vende de todas las clases siguientes: vitelas hilo y algodón de tamaños y clases, bristols, papel Ingre de varios colores, vitelas Whatman, papel tela para planos y papel de calcar en la librería de Amengual y Muntaner.

PALMA.—Tipo-litografía de Amengual y Muntaner.

Pepe el mayorazgo, sin acordarse nada del secreto por la Corza y la Cisquera divulgado; y es que el vulgo, en tratarse de la causa de un efecto cualquiera, no ve más allá de sus narices. Las mujeres, sobre todo, ponían de falso y traidor al magnánimo Pepe, que no había por donde cogerle. La Corza era la única que le defendía, tanto por haberle devuelto el novio que consideraba perdido para siempre, cuanto porque habiéndose dado la causa ocasional del hecho, sabía apreciarle en su justo valor, midiendo en toda su extensión el generoso sacrificio del que tan ligeramente era blanco de las habillitas de las mozas y comadres de Vallehermoso. Con una sola palabra hubiera podido hacer que aquellos dicterios se convirtieran en elogios, pero nunca se atrevió á pronunciarla. Temía en primer lugar que Cascarillas tuviera que reemplazar á Pepe, si llegaba á venirse; y en segundo, habiendo producido tan fatales efectos su oficiosidad, no tuvo el valor suficiente para aparecer ante el pueblo todo como la única responsable.

Hasta el Sr. Ramón, participando de la opinión general, se avergonzaba de que un hijo suyo hubiese ocasionado con su ligereza enfermedad tan grave á Guadalupe; así es que no le escribía carta en que no le reconviniera con acritud, por haberse portado tan indignamente con aquel angel, que no había cometido más delito que amarle dema-

—Es verdad: ¡y no nos había ocurrido acudir á un médico del cielo...! contestó Guadalupe animándose.

—¿Y qué promesa te parece le hagamos?

—Una fiesta con misa y sermón...

—No, hija: eso con dinero está hecho, sin que haya mortificación por tu parte. Lo mejor será... El día del Santo está ya cerca: prométele ir á pié á su ermita.

—No podré cumplirlo, tía Brígida.

—¿Pues no has de poder, mujer? Yo te llevaré del brazo. Nada, nada: esa es la mejor promesa.

—Voy, pues, á hacerla.

Y Guadalupe recogióse un momento, cerró los ojos, y prometió al héroe de Montpellier ir en procesión á su ermita.

Llegó el día 16 de Agosto, y con el nacimiento del día dió principio el clamoreo de las campanas de la torre, tocadas á bando. ¡A San Roque, á San Roque! pronunciaban todos los labios; y ¡á San Roque, á San Roque! repetían las campanas, y las gentes encaminábanse por todas partes á la iglesia, que con sus puertas de par en par dejaba ver el magnífico altar mayor, cuyos dorados resplandecían como el sol, á los que en el honsal esperaban saliese la procesión; y momentos después las dulzainas, acompañadas por el redoble de los tambores, rompían la marcha; los niños de la escuela, vestidos de fiesta, presididos por el maestro, formados

luye y al Sr. Ramón pareció un siglo. Este no acertaba á vivir ausente de su hijo; aquella vestía aún luto en su traje y en su alma. Su estado era cada día más lastimero, y la infeliz, sepultada en un sillón de brazos, no podía hacer otra cosa más que rezar. La anciana tía Brígida no se separaba un momento de su lado. La religiosa mujer era muy devota de San Roque, y siempre que los médicos desesperaban de la salud de un enfermo, le aconsejaba hiciera una promesa al abogado contra la peste; y en más de una ocasión la fe intensa que supo comunicar le devolvió la salud. Esto mismo hizo con Guadalupe.

Esta, sepultada cierto día en su sillón, como de costumbre, tomaba el sol junto al balcón de su cuarto, entreteniéndose en mover los pámpanos de la parra que penetraban por entre los hierros como para acariciarla. El canario, siempre alegre y cantador, piaba sin cesar llamando á su señora, pero sin obtener respuesta. Los niños corrían por el cuarto. La anciana, sentada en una silla baja junto á la enferma, hacía media.

—Mira, Guadalupe, le decía: ¿sabes lo que me ocurre? Que puesto que ni el cirujano de aquí, ni el señor doctor de Albarracín, ni ese médico que vino á verte de Teruel, han encontrado medicina para tu mal, vas á hacer una promesa al glorioso San Roque, que todo lo cura.